

la Santa Sede, que pretendian que el Papa, olvidando el mas sagrado de sus deberes, habia cerrado los ojos al infortunio de aquellos pueblos y renunciado á defender la religion católica ante el poderoso Autócrata del Norte. Con la firmeza, la constancia y la sabiduría que mostró Gregorio en medio de las tempestades suscitadas contra él en el Norte, en el Este y en el Oeste, se ha conquistado en la historia un lugar inmortal, y la posteridad reconocerá algun dia el esplendente mérito de este ilustre sucesor de san Pedro.

§ CCCXCIX.

La Iglesia católica en España.

Hemos creído deber suprimir este párrafo y remitir á nuestros lectores á lo que decimos en las Adiciones que hemos publicado.

§ CCCC.

La Iglesia católica en Portugal.

Despues del triunfo de D. Pedro que venció al partido de D. Miguel (1829-1833), pareció que iban á reproducirse para la Iglesia los desventurados tiempos de Pombal. Por uno de sus primeros actos decretó, en efecto, D. Pedro (28 de mayo de 1834) la supresion de las Órdenes militares y religiosas y la confiscacion de sus bienes, habiendo declarado ya antes vacantes las prelacias cuyos titulares habian sido nombrados por Roma, á presentacion de D. Miguel; suprimió el diezmo, y redujo á la última miseria á los curas, á quienes no pagaba el Gobierno la pension señalada, y que habian de vivir á costa de los Ayuntamientos. En la alocucion del 1.º de agosto de 1834, deploró el Papa la triste condicion á que se habia reducido á la Iglesia católica en Portugal, y amenazó con las censuras fulminadas por el concilio de Trento contra los expoliadores de la Iglesia y los enemigos de la libertad y del poder espiritual¹; lo cual no impidió que el patriarca de Lisboa se mostra-

¹ El original latino se halla en *el Católico*, 1834, octubre.

ra dispuesto á consagrar á los obispos nombrados por D. Pedro. Despues de la muerte de este Príncipe (24 de setiembre de 1834), el Portugal, gobernado por su hija D.^a María, cayó casi enteramente bajo la dependencia de la Inglaterra, y se le dió al mismo tiempo una Constitucion para la cual no estaba dispuesto, si hemos de juzgar por lo indiferente que se manifestó. Esta Constitucion vino á aumentar las divisiones que afligian á aquella Iglesia, cuyos obispos nombrados por D. Pedro, y no confirmados por el Soberano Pontífice, habia un gran partido que no queria reconocer. Al fin llegaron á ponerse de acuerdo con la Santa Sede, despues de las negociaciones abiertas (1841) en Lisboa por el internuncio Capaccini, que, á consecuencia de las primeras proposiciones hechas por el Gabinete portugués, reconoció formalmente á la Reina, en nombre del Papa, enviándole, segun costumbre, la rosa de oro (marzo de 1842). Las concesiones acordadas por el Internuncio, especialmente en lo relativo á los bienes de las Órdenes religiosas, dieron lugar á entenderse acerca de las bases de un futuro Concordato. El dia 3 de abril de 1843 confirmó el Papa los nombramientos de patriarca de Lisboa, arzobispo de Braga y obispo de Leiria. Capaccini declaró suspensa la causa de los demás prelados, y todo anunciaba la conclusion del Concordato que, á pesar de la discrecion y espíritu conciliador del Santo Padre y la condescendencia del Internuncio, no se halla aun definitivamente arreglado.

§ CCCC I.

La Iglesia católica en Francia bajo Luis Felipe.

FUENTES.—Véase *Boost*, Nueva historia de Francia, periodo V, p. 344 sig.

No quedó la Iglesia de Francia al abrigo de la tormenta que arrebató en 1830 el trono de los Borbones. La nueva Carta declaró la religion católica, no ya la religion del Estado, sino solo la de la mayoría de los franceses. Aun cuando el Papa, á peticion del Sr. Quelen, arzobispo de París, declaró que los Obispos debian someterse al nuevo Gobierno y mandar las preces de costumbre por el rey Luis Felipe, la malevolencia de los liberales abrigó

por mucho tiempo sospechas contra el Clero. Habiendo cometido los legitimistas algunas imprudencias en unos funerales (14 de febrero de 1831) celebrados en memoria del Duque de Berry, en la iglesia de San German, una multitud fanática, embriagada con los excesos del Carnaval, invadió el templo y devastó su interior. Al día siguiente sufrió igual suerte el palacio arzobispal. Por espacio de dos días anduvo la muchedumbre furiosa recorriendo las calles de la ciudad, borrando por todas partes las lises del escudo de Francia, y disponiéndose á devastar nuevas iglesias, cuando la Guardia nacional se interpuso para contener aquel desorden. Á estos horrorosos escándalos se añadieron aun otras desdichas. Los primeros nombramientos para obispos, hechos despues de la revolucion de julio, fueron poco felices. El abate de Lamennais fundó, con los Sres. Gerbet, Lacordaire y Montalembert, un periódico, con el significativo título de *El Porvenir*, y se creyó llamado á ejercer extraordinaria influencia en el porvenir religioso y político de la Francia. Llevó hasta sus posteriores limites el principio de la independencia de la Iglesia y de la no-intervencion del Estado en los asuntos espirituales, pretendiendo, además, que no debia el Clero aceptar salario del Gobierno, y que vuelta de este modo la Iglesia á su primitiva pobreza, no tendria que recurrir á ningun otro poder mas que al de su Jefe único. Esta doctrina de la completa separacion entre la Iglesia y el Estado fue rechazada por Gregorio XVI en su encíclica del 15 de agosto de 1832, que prohíbe la lectura del *Porvenir* en todas las diócesis. Los redactores del periódico, suspendido hacia ya algun tiempo, declararon desde luego que no volveria á salir mas. La retraccion que hizo Lamennais, durante su permanencia en Roma, no pareció nada sincera al Soberano Pontifice, y no tardaron sus temores en verse justificados por la publicacion de dos folletos de una horrible elocuencia (las *Palabras de un creyente* y los *Asuntos de Roma*)¹. Confundiendo el autor las mas sencillas ideas, se apoyaba ó pretendia apoyarse en el Evangelio, para predicar el exterminio de

¹ Palabras de un creyente. Paris, 1833. *Bautain*, Contestacion de un cristiano á las Palabras de un creyente. Strasburgo y Paris, 1834. Palabras de un vidente á Mr. de Lamennais, por *Ch. Faider*. Bruselas, 1834. Palabras de un creyente, por Mr. de Lamennais, cuando era creyente. Bruselas, 1838. *Baum-*

los Reyes, meter al Clero al frente de las insurrecciones populares, y hacer de la cruz el estandarte universal de las naciones desencadenadas. Sus palabras son en apariencia las del Evangelio; pero en la realidad no son mas que una odiosa parodia suya, pues excitan y provocan al crimen. Asi no pudiendo el autor sostener por mas tiempo esta hipocresia sacerdotal, arrojó la máscara, y el abate de Lamennais ya no fue en adelante mas que un jacobino ordinario. Mientras habia permanecido ó se habia declarado fiel á la Iglesia, habia sido temible; el día en que se separó del santuario, contra el cual habia blasfemado, volvió á caer, débil y desarmado, en la oscura multitud de los anarquistas, despues de haber sido, en expresion de uno de sus antiguos amigos, el judío errante de la política, sucesivamente monárquico como Bonald, borbónico como Chateaubriand, ultra como la *Bandera blanca*, confederado como el Duque de Guisa, y demócrata como Armando Carrel. Cuando se separó de la Iglesia, en la cual parecia haber querido encarnar la revolucion, no le siguió ninguno de los hombres que habian participado en sus trabajos y en sus primeros esfuerzos; y el abate Gerbet se vió en la dolorosa precision de combatir, en el que habia sido el amigo de su juventud, al enemigo de todo lo que mas queria¹.

Otro reformador, el abate Chatel, marchó hácia su objeto de una manera mucho mas desembarazada, creyendo que la época de

garten-Crusius, Reflexiones sobre algunos escritos de Lamennais. Jena, 1834. *Carové*, Crítica de los Peregrinos de Mickiewicz, de las Palabras de un creyente, por Lamennais, y de las Contestaciones de *Bautain*, *Faider*, etc. Véase tambien la crítica que de ellas hizo el Dr. *Hock*, Revista de Bonn, entr. 20 sig.

¹ El abate *Gerbet* escribió sobre esto las siguientes líneas: «No puedo explicar lo que me han causado esas *Palabras*. El que declara abierta guerra á la Iglesia, que profetiza su ruina, que, en las ultimas páginas del escrito que acaba de publicar, se ha atrevido á ultrajar con el mas brutal sarcasmo al augusto anciano á quien toda la cristiandad saluda con el nombre de Padre, ha tenido en mí un amigo que lo amaba con una amistad nacida al pié de los altares, y que sentia seguramente por él mas afeccion que ninguno de los nuevos amigos que han ido á hacer la corte á su rebeldía. Á este recuerdo caigo de rodillas, ofreciendo por él á Dios oraciones, en las que ya no tiene fe, y no me levanto mas que para combatir, en el amigo de mi juventud, al enemigo de todo lo que amo con un amor eterno.» (Universidad católica, periódico, t. III y IV. Paris, 1837).

la revolucion de julio era favorable al establecimiento de una nueva Iglesia católica francesa (agosto de 1830). Poco despues de la revolucion, hizo imprimir su símbolo, y alquiló en el barrio de San Dionisio de París un local para el culto que en él debia celebrar el primado de la nueva Iglesia. Pero consiguió lo mismo que tantos otros reformadores desdichados; jamás llegó á determinar bien claramente los principios de su reforma, y refutó sucesivamente muchos de los dogmas que antes habia defendido, como la divinidad de Jesucristo, etc. Su principal reforma, si puede darse este nombre á un sistema anticristiano del mas mezquino racionalismo, consistió en servirse en la liturgia de la lengua francesa. Predicaba sobre los asuntos menos religiosos, mezclando la política con el dogma, lo blasfemo con lo ridículo, anunciando un día, por ejemplo, que hablaria de la dignidad de las mujeres, y que despues del sermón distribuiria ramilletes á todas las señoras¹; otro dia, que el oficio seria en honor de Napoleon, á quien colocaba entre los Santos de su nuevo calendario, y enseñando en su catecismo² que la muerte de Cristo no es sublime, sino porque fue un mártir de la verdad, muerto en defensa de la ley natural, que comprende todas las religiones. La influencia del abate Chatel fue siempre muy limitada, y al poco tiempo nada quedó ya de una secta cuyo pretendido templo fue cerrado, por orden del Gobierno, en 1842. Uno de sus principales adictos, el abate Auzou, se reconcilió con la Iglesia, y suplicó que imitaran su ejemplo aquellos á quien él hubiere extraviado. Los Templarios que, lo mismo que Chatel, habian creido que la revolucion de julio era una época propicia para mostrarse públicamente, desaparecieron, como la Iglesia francesa, despues de haber excitado mas curiosidad que interés.

Advertido de un lado el Gobierno de julio por estos síntomas alarmantes, y de otro obrando quizás en el interés de su existencia y de su consolidacion, se fué acercando á la Iglesia católica,

¹ Geramb, Viaje á Roma, p. 50.

² Fr. Kunstmann, la secta del abate Chatel. (Revista teol. de Friburgo, t. III, p. 57 sig.): Catecismo para uso de la Iglesia catól. franc. por el abate Chatel. Par. 1837. Reforma radical. Nuevo Eucologio para el uso de la Iglesia católica; 3.^a ed. Par. 1839.

y dirigió principalmente su solicitud hácia la instruccion popular, á la cual se estaba consagrando el Clero con celo y actividad, y en la que se distinguian particularmente los Hermanos de las Escuelas cristianas y los de san José¹. Poco á poco se fué acercando tambien el Clero al Gobierno, convencido de que Luis Felipe queria realmente apoyar su trono en la Religion. En esta época tuvo el Clero la discrecion de abstenerse de las cosas políticas, de no mezclarse en ninguna discusion grave, y de consagrar toda su actividad y todas sus fuerzas á los deberes de su augusto ministerio. Lástima que una gran parte del Clero francés carezca todavía de la cultura científica que le es necesaria para obrar eficazmente sobre los ánimos; circunstancia que por otra parte se explica muy naturalmente: los eclesiásticos formados despues de la restauracion del culto y durante los largos años de las guerras del Imperio, no pudieron recibir sino la preparacion mas indispensable, tan grande era la penuria de sacerdotes en la Iglesia. El clero joven recibe una educacion mas metódica, pero inferior todavía á lo que deberia ser, para poder dirigir el desarrollo intelectual del partido liberal. Por lo demás, el Clero suple casi generalmente con un celo sincero, severas costumbres y una elevada dignidad moral, lo que le falta bajo el punto de vista de la instruccion. Sus enemigos no han podido hacer sospechosa su moralidad, que es tanto mas segura, atendiendo á que las faltas de los ministros de la Iglesia no dejarian de ser puestas en evidencia por la atenta emulacion del público. Si, como por ejemplo, la denegacion de sepultura eclesiástica á los que, como el abate Gregoire y Mr. de Montlosier², no quisieron, ni aun en el artículo de la muerte, re-

¹ Véase acerca los establecimientos religiosos de la Francia *el Católico* de 1841, octubre, p. 1-19, 1842, enero y marzo. Segun *el Constitucional* del 14 de diciembre de 1843, hay en Francia 1,329 hospitales para enfermos y pobres; 6,275 asociaciones de caridad socorren á 693,932 personas; las congregaciones religiosas de mujeres asisten á 1,200,000 enfermos y dan 10,375 maestras para educar á 620,950 niñas; los Hermanos de la Doctrina cristiana son 2,136 y educan á 150,000 niños.

² Montlosier no quiso retractar los principios esparcidos en sus obras. Hasta volveria á hacer lo que hizo, decia él; y si el Clero se negase á admitirlo en la Iglesia, sus amigos harian mal de censurar por esto al Clero. Véase la *Gaceta eclesiástica*, 1839, núm. 25.

conciliarse con la Iglesia; si esta denegacion ha sido discutida tan calorosamente en los periódicos de la Francia y del extranjero, ¿no debe inferirse de aquí que si existieran actos inmorales cometidos por individuos del Clero serian desde luego publicados y exagerados por esos mismos periódicos? Por su parte el Episcopado francés, tan digno y tan notable, está haciendo grandes esfuerzos para conservar la moralidad necesaria á la vocacion del sacerdote, por medio de retiros anuales y piadosos ejercicios. Lo mas plausible de todo es, que el Jansenismo y el Galicanismo, que en otro tiempo tenian dividido al Clero francés, han desaparecido casi enteramente, y que, con respecto al segundo, el Gobierno está favoreciendo todo lo que pueda conducir á una reconciliacion cada vez mas íntima con la Santa Sede. Trabájase igualmente, y por diferentes medios, en desenvolver la cultura intelectual del Clero. Por un lado MM. Didot, Gaume, Caillou, Migne¹, etc., están publicando, con excelentes condiciones, nuevas ediciones de los Padres de la Iglesia y de los principales comentadores católicos de la Escritura, á fin de aficionar á los eclesiásticos al estudio de los Padres y de la Biblia; y por otro, hombres como MM. Gerbet², Bautain³, de Montalem-

¹ *Caillou*, Introductio ad SS. Patrum lectionem, qua eorum tempora, vita, opera, operumque praecipuae editiones et concionandi modus, etc., describuntur. Mediol. 1830, 2 t. Algunos Padres se han publicado completos en el original, como san Agustin y san Juan Crisóstomo; otros han parecido en gran número de volúmenes de una manera menos satisfactoria por extractos y solo en latin. Pero se ha anunciado y parece está ya muy adelantada una edicion completa de los Padres griegos y latinos (los primeros en griego y en latin), en 200 ó 300 tomos. Para la exégesis de la dogmática puede citarse el prospecto siguiente de obras en prensa ó ya impresas: *Sacrae Scripturae et Theologiae Cursus completus ex tractatibus omnium perfectissimis ubique habitis*, etc., 27 t. en 4.º Paris, edic. de *Migne*.

² *Gerbet*, Consideraciones sobre el dogma fundamental de la piedad cristiana; Enseñanza filosófica de Descartes; Ojeada sobre la controversia cristiana desde el siglo I hasta nuestros dias. El autor ha retirado estas dos últimas obras.

³ *Bautain*, Enseñanza de la filosofía en Francia en el siglo XIX; Filosofía del Cristianismo; Filosofía moral. *Marcel de Serres* (profesor de mineralogía, etc.), Cosmogonía de Moisés comparada con los hechos geológicos. París, 1838. *Debreyne*, Ensayo sobre la teología moral considerada en sus relaciones con la fisiología y la medicina. París, 1842. *Blanc Saint-Bonnet*, Uni-

bert¹, *Lacordaire*², Rio, Marcel de Serres, Blanc Saint-Bonnet, Debreyne, Siguier, Donney, Rohrbacher, Glaire, Gousset³, etc., procuran dar á la teología una tendencia mas especulativa y mas profunda. Aun cuando todos estos autores estén animados de las mas puras y santas intenciones, á algunos de ellos les cuesta trabajo todavía despojarse completamente de sus precedentes errores. *L'Ami de la Religion*, periódico religioso redactado por Mr. Picot († 1840), *l'Université catholique*, *l'Union catholique*, *l'Univers*, etc., ejercen una activa y feliz influencia sobre el Clero. Gracias á todos estos esfuerzos, el espíritu religioso hizo notables progresos despues de la revolucion de 1830, á pesar de los odiosos atentados que, con frecuencia, amenazaron el orden temporal y el espiritual á la vez. En París es muy marcado el retorno hácia las cosas religiosas: las iglesias se ven muy concurridas, y en Adviento y Cuaresma se predica en medio de innumerable multitud. La misma Academia francesa deja oír de cuando en cuando palabras sinceramente cristianas; hace poco, influyentes hombres de Estado, como MM. Molé, Dupin, Pasquier y otros no se han desdeñado de proclamar en ella públicamente y con calor sus convicciones religiosas. Puede esperarse, por consiguiente, que las representaciones y reclamaciones de los Obispos, relativas á la importante cuestion de la libertad de enseñanza, serán acogidas con el favor que merecen, sostenidas como se hallan, en la cámara de los Pares, por hombres de convicciones y elocuencia como Montalembert; y en la prensa, por escritores tales como MM. Lenormant, Foisset, de Champagny, de Falloux, redactores del *Correspondant*; Jourdain, autor del *Libro de los pueblos y de los reyes*. Estos sentimientos de fe se alimentan y vivifican con la palabra de predicadores tan aplaudidos y escu-

dad espiritual de la sociedad y su fin mas allá del tiempo. París, 1841, 3 t. en 8.º (Tentativa muy notable para hacer concordar un sistema de filosofía con la doctrina católica). *Siguier*, Grandezas del Catolicismo. *Vedrine*, Ojeada sobre los sufrimientos y esperanzas de la Iglesia en su lucha con la opresion de la conciencia y los males del siglo XIX.

¹ Vida de santa Isabel de Hungría.— Del vandalismo en el arte.

² *Lacordaire*, La Santa Sede.— Las Órdenes religiosas de nuestro tiempo. Vida de santo Domingo. Par. 1841.

³ *Gousset*, arzobispo de Reims: Teología moral. París, 1844, 2 vol. en 8.º Teología dogmática. París, 1848, 2 vol. en 8.º

chados como los PP. de Ravignan y Lacordaire, y el abate Bautain; con la frecuente y esmerada reimpression de la Escritura santa, de la Imitacion y de libros de oraciones, y con las nuevas ediciones de las obras de Bossuet, Fenelon, Massillon, Bourdaloue, etc. Manifiéstanse, además, en el vivo y perseverante interés que se toman los fieles por las misiones extranjeras, á las cuales contribuye la Francia mas que todas las naciones cristianas juntas; en la multitud de asociaciones de beneficencia que se han formado, como la de san Francisco Regis, la de san Vicente de Paul, las escuelas llamadas del Domingo para los trabajadores; y en el amor y admiracion con que todo el mundo mira á las Hermanas de la Caridad, encargadas de la asistencia de casi todos los hospitales, casas centrales de correccion, detencion, etc. (Reglamento ministerial del 22 de mayo de 1841); por fin, en las medidas mas eficaces tomadas para acudir á las necesidades religiosas de los soldados, sobre todo en las colonias, y en la ereccion, tan importante para el porvenir, del obispado de Argel, confiado al celo de Mr. Dupuch¹.

§ CCCCH.

Los Sansimonianos.

FUENTES.—*Saint-Simon*, Cartas de un habitante de Ginebra, 1802. Introduccion á los trabajos científicos del siglo XIX. París, 1807, 2 t. Reorganizacion de la sociedad europea, 1814. Catecismo de los industriales. Par. 1824. El Nuevo Cristianismo. Par. 1825.—Doctrina de Saint-Simon. (Par. 1825), t. I. *Lechevalier*, Enseñanza central. París, 1831. Religion sansimoniana, asociacion universal. París, 1831. *Mähler*, El Sansimonianismo (Misceláneas, t. II, p. 34-33), al que seguimos aquí.

La revolucion de 1830, que removió tantas pasiones, intereses, ambiciones y sectas diversas, animó tambien á los Sansimonianos a reunirse en un cuerpo de sociedad que, aunque duró poco, excitó por algun tiempo la atencion pública. Enrique de Saint-Simon, jefe del Sansimonismo, nació en 1760, de noble y antigua familia, fue educado en los principios de la filosofia del siglo XVIII,

¹ Mr. Dupuch hizo dimision y ha tenido por sucesor á M. Pravie en 1847.

se distinguió en América, á las órdenes de Washington y de Bouillé, en la guerra de la independecia, y abandonando luego la carrera militar, se dedicó al estudio de la política y de la administracion de las nuevas repúblicas americanas. Á su vuelta halló la Francia en gran fermentacion, pero no tomó ninguna parte exterior en la revolucion, cuyo espíritu y objeto por otra parte aprobaba, esperando que seria la era de una regeneracion, no solamente política, sino moral y religiosa. Para fomentar y acelerar el movimiento, concibió el proyecto de reorganizar las ciencias y el orden social; se alió con los sábios mas eminentes y los profesores de la escuela politécnica, artistas y filólogos; viajó por Inglaterra, Suiza y Alemania, y en tiempo del Imperio, con motivo de una cuestion puesta á concurso por Napoleon, publicó su *Introduccion* y otras obras que gustaron muy poco. Todos sus planes fracasaron; se arruinó, quedó en la miseria, intentó suicidarse, y dos años despues murió en los brazos de algunos discípulos (29 de mayo de 1825). Saint-Simon pretendia que el Cristianismo es una religion molesta; que el principio: *Dad al César lo que es del César*, divide la humanidad en dos clases desiguales, y, por consiguiente, reparte con desigualdad la dicha y las penas entre los hombres. Ese contraste, dice, entre la vida ideal y la vida real de los hombres, esa oposicion entre el mundo de acá y la esfera del otro lado de la tumba; contraste y oposicion que los inmensos esfuerzos de la industria moderna hacen mas palpables todavía, convierten la tierra en un verdadero valle de dolores y lágrimas. De aquí deduce que el Cristianismo ha acabado ya su mision, y debe ceder el lugar á otro poder y á una sabiduría nueva, capaces de poner término á ese contraste y de procurar á los hombres un bienestar real, no solamente en la vida futura, como promete el Evangelio, sino en esta misma vida, segun reclama el corazon del hombre. Aboliendo y destruyendo al Catolicismo y por consiguiente al Cristianismo, el Protestantismo ha conseguido su objeto, puramente negativo; pero el cumplimiento de la parte positiva, la inauguracion de la edad de oro en la tierra, está reservado al Sansimonismo, que es el Evangelio eterno. La revelacion hecha por Saint-Simon abraza á la vez, segun dicen sus discípulos, el espíritu y el cuerpo, une á Dios y al mundo, presenta juntas las

verdades del espiritualismo católico y las del materialismo filosófico, engendra, en fin, esa felicidad y esa fraternidad eternas que el Cristianismo había prometido sin llegar nunca á realizarlas. En adelante todos tienen iguales derechos á la propiedad, que no pertenece mas que á Dios, que la da en feudo á la humanidad; quedan abolidas todas las leyes de sucesion, y con el tiempo habrá comunidad de bienes. Ninguna familia debe dedicarse exclusivamente al cultivo de la tierra ó á las funciones inferiores de la sociedad. Cada uno es retribuido segun sus propias facultades, y la sociedad entera se coloca bajo la direccion de los ministros de Dios. La jerarquía se compone de sacerdotes, teólogos y diáconos. Bajo el punto de vista religioso, la forma del gobierno sansimoniano es teocrática; bajo el de la unidad, es monárquica; en razon de los talentos, virtudes y mérito de los jefes, es aristocrática; pero atendido su objeto, que es el bienestar de la mayoría, es democrática.

Entre los predicadores mas fogosos y elocuentes de la secta se distinguan Olindo Rodriguez y Chevalier. Numerosas predicaciones, frecuentes misiones y folletos renovados sin cesar, contribuian á la propagacion de la sociedad sansimoniana, que permaneció unida hasta que uno [de los] jefes, el P. Entantin, ejerciendo con preferencia su apostolado entre las mujeres, á quienes consideraba como la mas sublime manifestacion de la Divinidad, pretendió establecer la poligamia mahometana entre sus adeptos, muchos de los cuales estaban casados. Hubo entonces principio de cisma (1831), y el P. Rodriguez denunció la doctrina de Entantin como una desercion de los principios de Saint-Simon. Por fin, habiendo provocado los Sansimonianos algunos disturbios entre los obreros de Lyon, se cerró la sala donde celebraban sus asambleas, y muchos de sus jefes fueron condenados á penas correccionales (1832). Desde entonces no osaron presentarse ya mas en público; sus palabras y obras iban acompañadas por todas partes del ridículo; muchos de ellos abandonaron la doctrina que por un momento habia excitado el entusiasmo, y solamente muy pocos permanecieron fieles á sus principios, y se trasladaron á Egipto para emplear allí una actividad que en Francia se habia paralizado. Es lamentable sin duda que talentos tan jóvenes y ya tan consumados, una elocuencia tan

extraordinaria, un saber tan completo y tan viva penetracion, se hubiesen puesto al servicio de tan mala causa y con un fin tan quimérico. Por fortuna no ha faltado la luz á los hombres de buena voluntad entre los Sansimonianos mismos, los cuales han vuelto á encontrar en la Iglesia la paz y la verdad que en vano habian buscado fuera de su seno.

§ CCCCIII.

Renacimiento de la Iglesia católica en la Gran Bretaña.

FUENTES.— Discusion amistosa acerca de la Iglesia anglicana y en general acerca de la Reforma, dedicada al clero de todas las comuniones protestantes, redactada en forma epistolar, por el Sr. obispo de Strasburgo (de Trevern); 4.^a ed. París, 1835, 2 t. Véase *Weber*, Situacion de la Religion en Inglaterra. (*Pletz*, Nuev. Rev. teol. año 13, 4.^a entrega).

Hemos visto ya que la opresion en que el Gobierno protestante de Inglaterra hizo gemir, por espacio de algunos siglos, á los católicos de la Gran Bretaña, y especialmente á los de Irlanda, empezó á ceder en la época de la guerra de la independenciam y de la revolucion francesa, que arrojó al otro lado de la Mancha muchos sacerdotes, cuya piedad, ciencia y educacion desvanecieron muchas preocupaciones. Mas adelante (1809) aprovechando O'Connell propicias circunstancias, emprendió con un valor, una constancia y un talento prodigiosos, la emancipacion de la Irlanda, su patria, teniéndola siempre y á la vez en las estrictas vias de la legalidad y en una perpétua agitacion. Por medio de esta agitacion hábilmente fomentada, consiguió que el país hiciera enérgicas manifestaciones en favor de sus correligionarios. Todas las justas reclamaciones dirigidas por este al Parlamento para lograr la participacion de los derechos civiles, se estrellaron siempre contra la mala disposicion de la cámara de los Lores. Léjos de abatirse O'Connell por esto, exaltó al contrario el heróico valor y la noble resistencia de sus compatriotas en términos que, al fin, el miedo y la política alcanzaron de los torys las concesiones por tanto tiempo solicitadas en nombre del derecho y de la justicia. Lord Wellington se pronunció por la emancipacion, y